

María Saavedra

Doctora en Historia de América por la Universidad Complutense de Madrid (1998), actualmente es Profesora Titular de Historia de América en la Universidad CEU San Pablo (Madrid).

Desde hace años centra su actividad como investigadora y escritora en temas vinculados con las poblaciones indígenas de América, así como en aspectos de la historia de las ideas americanas.

Ha realizado estancias de investigación en universidades americanas como la Universidad Católica Sedes Sapientiae (Lima), la Universidad de Montevideo, la Universidad Católica de Argentina, o el Instituto Riva Agüero (Perú). En 2018 obtuvo el Premio de Investigación Rafael Altamira, de la Universidad Complutense, por su trabajo “El alma española en el pensamiento y los escritos de José Enrique Rodó”.

Ha sido distinguida con la Gran Cruz al Mérito Naval con distintivo blanco por su actividad de investigación y difusión de la historia y cultura naval. Colabora en diferentes medios de comunicación como especialista en la historia de América.

Directora de los grados de Historia e Historia del Arte en la Universidad San Pablo CEU.
Directora de la *Cátedra Internacional CEU Elcano. Primera Vuelta al Mundo.*



¿REVISIONISMO HISTÓRICO EN ESTADOS UNIDOS?

Mitos, verdades y mentiras en la construcción de un nuevo relato histórico

María Saavedra

No es nuevo hablar de revisionismo histórico. De hecho, es una práctica común desde los tiempos más remotos. Los pueblos que ocupaban por la fuerza territorios ajenos, construían un relato histórico que de alguna manera legitimara su poder y el nuevo orden que este conllevaba. Algunos destruyeron libros, y otros fueron más allá, como es el caso de Hitler en los países ocupados por los nazis, cerrando universidades y enviando académicos a los campos de exterminio. Lo tenía muy claro: acaba con la cultura de un país, y podrás recrear una nueva cultura, que implica, entre otras cosas, un nuevo relato histórico.

Es un clásico en la historia. Y lo que actualmente sucede en Estados Unidos, con la revisión de su pasado y la especial aversión con que tratan las imágenes de Cristóbal Colón, nos presenta, nuevamente, un caso de construcción de relato histórico que, además, se quiere visibilizar –igual que la destrucción de las dos estatuas de Buda por los talibanes en 2001– con el derribo o mutilación de cualquier imagen del navegante que al servicio de la corona castellana puso por primera vez en contacto el Viejo con el Nuevo Mundo.

Juan Sisinio Pérez Garzón, en un artículo que dedica al revisionismo de la historia de España, señala que ciertas interpretaciones del pasado dan “lugar a relatos históricos

en los que se solapan ilusiones políticas del presente con artificios propios de la ucronía¹” (Pérez Garzón 128).

El revisionismo, si obedece a rigor científico, y se deja en manos de los profesionales de la historia, es sano y productivo, ya que aporta nuevas interpretaciones y, en muchos casos, nuevos descubrimientos que nos permiten conocer una parte de la historia que estaba oscurecida por la falta de fuentes. El problema viene cuando intereses políticos o ideológicos contemporáneos muestran un enfermizo interés por criticar hechos del pasado que hoy serían censurables. Es decir, el clásico ejemplo de no saber contextualizar un hecho dentro de la época en que se produjo, y juzgarlo en función de parámetros éticos y morales que hoy guían nuestro juicio.

¿Cuántos siglos ha tardado la humanidad en tener una Declaración Universal de Derechos Humanos? Muchos, y ha sido el resultado final de una serie de etapas en la evolución de la civilización, y de las diferentes sociedades, que finalmente en sus últimos años han propuesto un código ético válido para todos. Esto no quiere decir que se respete siempre y en todas partes el contenido de esa declaración. Pero al menos existe una referencia a la que acudir en caso de duda, y

¹ Así define la RAE el sustantivo Ucronía: “Reconstrucción de la historia sobre datos hipotéticos”.

Asistimos a un proceso lleno de carga simbólica. Se trata de acabar con símbolos de una historia que algunos consideran degradante. Y la motivación, lejos de basarse en la ciencia histórica, apela al sentimiento

además, nuestros gobernantes han de garantizar que se cumpla. Eso sí, para tener un referente definitivo y válido para todos, la humanidad tuvo que pasar por la peor de las guerras de su historia, y darse cuenta de que en curso de esta se habían conculcado sistemáticamente muchos de aquellos derechos que en 1948 se vio necesario sistematizar.

Precisamente en la promulgación de leyes basadas en el respeto a la dignidad de todas las personas por igual, está en parte la benignidad de un determinado sistema político y judicial, y esto genera entre los ciudadanos la conciencia tranquilizadora de formar parte de un estado garantista.

Esto nos ayuda a entender el punto principal en que quiero moverme: cuando se enjuician hechos pasados, hay que percibirlos en su contexto, y ver hasta qué punto las autoridades del momento fueron capaces de gobernar buscando el bien común, dentro de los límites que les permitía el tiempo que les tocó vivir.

Volviendo al autor citado, es importante señalar que, en su tarea, los historiadores no pueden ser “abogados de una parte contra otra, sobre todo en países que tienen un pasado conflictivo” (Pérez Garzón 31). Y pocos países se libran de esta realidad.

Entramos así en el tema que nos ocupa: el actual movimiento “revisionista” al que asistimos en la sociedad estadounidense. He entrecomillado el término porque considero que no estamos ante un proceso científico de nuevos aportes al conocimiento de la historia. De hecho, no se ofrecen nuevos datos, ni interpretaciones originales, ni tan siquiera hay coherencia en los discursos que están legitimando la “iconofobia” por parte de algunos sectores contra representaciones del pasado, de un pasado concreto y muy sesgado.

Asistimos a un proceso lleno de carga simbólica. Se trata de acabar con símbolos de una historia que algunos consideran degradante. Y la motivación, lejos de basarse en la ciencia histórica, apela al sentimiento. Esa es una de las maneras más utilizadas para manipular la historia en beneficio de una ideología, e incluso a veces buscando fines correctos, pero por el camino equivocado.

Los seres humanos tenemos especial habilidad para transformar al héroe en un villano, y muchas veces se va abonando el terreno a lo largo de semanas o meses, e incluso años. Esto explica esa reacción que comenzó hace apenas unos años, y que cada vez se extiende más en los Estados Unidos contra figuras que representan el pasado colonizador español. Curiosamente, el español: no el de los primeros *Pilgrim*, o el de los padres fundadores de la república estadounidense, que aceptaron una constitución basada en la declaración de los derechos del hombre, y que sin embargo excluía a la población afrodescendiente de esos mismos derechos.

La carga en profundidad va contra un personaje que poco tuvo que ver con la formación de los Estados Unidos: Cristóbal Colón. Fue el primer navegante europeo capaz de lanzarse a la aventura de una navegación atlántica, basado en suposiciones, indicios, y quizá alguna pista más que nunca confesó. Es decir, fue la personificación de muchos de los valores que se consideran parte del código genético de los estadounidenses: valentía, intrepidez, la capacidad de romper fronteras... Y así se le consideró durante mucho tiempo.

Colón dio un paso en la historia que significó un auténtico cambio de era. Sin ser él mismo consciente, abrió a la humanidad la posibilidad de reconocerse a sí misma como un todo, proceso que se iniciaba en 1492 y que continuaría a través de los siglos. Esta realidad la tuvieron muy en cuenta los revolucionarios norteamericanos cuando creaban su identidad. Señala Julia Shaw, citando un estudio de Kass y Schuab, que “la asociación entre Colón y los Estados Unidos continuó prosperando a medida que los colonos revolucionarios buscaban distanciarse de Inglaterra” (Shaw). Continúa diciendo que “en Colón hallaron a un



Estatua en honor de los primeros peregrinos ingleses, situada en Filadelfia.

héroe que se había atrevido a cruzar un mar desconocido, dejando atrás el Viejo Continente para dar un nuevo comienzo en una tierra virgen, como estaban intentando hacer muchos de ellos” (Shaw). De esta manera, hacia finales del siglo XVIII, los americanos llegaron a ver a Colón como “una mítica figura fundacional” (Shaw).

Y aquí encuentro la clave: si Colón no hubiera sido en algún momento un icono de la identidad estadounidense, posiblemente le habrían dejado tranquilo. Simplemente, no tendría presencia significativa en las calles y plazas de las grandes ciudades, ni ocuparía apenas líneas en los libros de historia. Pero antes hablábamos de la facilidad del ser humano de convertir un héroe en un villano en cuestión de minutos, de días o de meses. Tenemos el héroe, ¿por qué en este caso lo convierten en villano? ¿Cómo se toma conciencia de que aquel que un día inspiró a los revolucionarios realmente era un genocida? El propio presidente Reagan en un conocido discurso de 1988, hablaba de esos valores encarnados en Colón, y concluía: “Mézclenlo todo y se podría decir que Colón fue el inventor del sueño americano”.

En la confrontación de las Trece Colonias contra Inglaterra, llegó a generarse un tipo de mitificación, al personalizar a la diosa Columbia frente a la Britania de la metrópoli. El espíritu de Colón frente a Albión. Numerosos grabados representan a Columbia como símbolo de los Estados Unidos. Años más tarde, durante la guerra de secesión, el bando unionista asumió

como propia esa imagen, reivindicando precisamente su identificación con el espíritu de los fundadores y con la identidad de la joven república.

¿Qué ha sucedido en los últimos años para que esto cambie? Hay un cambio de paradigma ante los derechos humanos, y muy especialmente, en la toma de conciencia de que a finales del siglo XX y principios del XXI siguen existiendo pueblos en América que acusan un largo recorrido de marginación histórica, y en muchos casos, de exterminio.

Nadie cuestionaría la buena voluntad de quienes se empeñan en dar visibilidad a los pueblos indígenas y a sus derechos. Naciones Unidas tomó conciencia hace años de esa realidad, y trató de iniciar el remedio con la Declaración sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas², en 2007. Pero a todas luces, esta solución es insuficiente. Cada estado debe adoptar fórmulas que funcionen en concreto para las minorías indígenas que deben vivir amparadas por un estado de derecho, sin que esto suponga eliminar los rasgos identitarios que estas poblaciones han mantenido de manera secular.

El caso estadounidense es diferente a las realidades de la antigua América española. Los pueblos indígenas norteamericanos fueron marginados desde el asentamiento de los primeros colonos. Después, en tiempo republicano, durante la conquista del oeste, se produjeron las terribles guerras indias: se sacrificaba una parte de la población en beneficio de un estado joven, pujante... y de origen

² La Declaración sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas puede consultarse en <https://undocs.org/A/RES/61/295>



Obra de John Trumbull que retrata a George Washington en 1783 en el proceso fundacional de la democracia.

européico. Nada que ver con el proceso de mestizaje que se dio en la América española (que tuvo también sus luces y sus sombras).

La democracia fundada a partir de 1783 debía ir creando un sistema legislativo, jurídico y ejecutivo que sentara las bases de un país que nacía con vocación de defender la libertad. Ya hemos visto que en este proceso se obviaron los derechos de los esclavos de origen africano. Pero ¿qué sucedió con las poblaciones indígenas? Hemos mencionado las guerras indias del siglo XIX, y sabemos del confinamiento en que se agrupó a muchos de estos pueblos. ¿Qué presencia tenían los pueblos indígenas entre las barras y las estrellas? Creo que cabe decir que mínima.

Casi dos siglos después, se ha querido compensar a esas poblaciones tratando de saldar así una deuda secular. El problema es la manera con que esto se ha afrontado. Ciertamente, los pueblos indígenas tuvieron muy tarde pleno acceso a derechos civiles y políticos. La interesante vida de Mary Thompson Fisher, llevada al cine recientemente con el título *Mi nombre es Te Ata*, refleja cómo una mujer de la nación Chickasaw tuvo que enfrentarse a seculares prejuicios para desarrollar sus cualidades artísticas, y lo logró, llegando a actuar ante el presidente Roosevelt. Precisamente por lo excepcional de su biografía, destaca entre un universo en que mujer e india era una mala combinación para progresar en su país.

En la actual situación se han cometido dos errores. El primero, radica en el concepto anteriormente

utilizado de ‘ucronía’. Ese recurso falseado que mueve a juzgar situaciones pasadas con elementos y parámetros morales propios de la actualidad. Y el segundo error es que, en la búsqueda de un culpable, se ha caído en una clara desorientación histórica. Nadie discutirá a los defensores de los derechos de los pueblos indígenas que es necesario rectificar las injusticias que el resto de los hombres ha cometido contra ellos. Todos comprendemos y compartimos la necesidad de reubicarlos en el Estado, con plenitud de derechos, y a la vez respetando su identidad específica.

Y, sin embargo, cuando se busca un culpable de lo que ha sucedido durante siglos, algunos han mirado mucho más allá de la propia conformación de los Estados Unidos. Buscan un referente anterior, incluso externo, pero al que es fácil reconocer puesto que su imagen llena espacios públicos en todo el país norteamericano. Cristóbal Colón, icono de la libertad, nombre que feminizado se convirtió en la “diosa protectora” de los estadounidenses, y de los unionistas en la guerra civil, va a ser la cabeza de turco en este ajuste de cuentas.

El planteamiento de ese revisionismo “a-histórico”, basado en manipular los sentimientos y la conciencia de culpa, es que el origen de todas las injusticias está en aquel que cruzó por primera vez el Atlántico, comenzando la prolongada relación entre ambos continentes. No importa que Colón jamás pisara el actual territorio de los Estados Unidos. El mensaje

¿Cuál es el fin de esta manipulación de la historia, de ese supuesto revisionismo? Porque falseando la historia no parece que beneficiemos a ninguna minoría o a ningún colectivo

incorrecto que se envía es este: si Colón no hubiera llegado a América, las poblaciones indígenas (los pueblos originarios, como se les llama ahora) no hubieran sufrido la marginación y en ocasiones el exterminio genocida al que se vieron enfrentados. Esa solución es simple, o más bien, burdamente simplificadora de los hechos históricos.

Así pues, el perfecto combinado se prepara con la mezcla de la ucronía, un falso culpable, y el linchamiento cultural hacia aquel que no comparte ese enfoque del problema. Se obliga a una falsa disyuntiva: o eres defensor de los derechos de los nativos, o eres valedor de Cristóbal Colón. Es decir, se reduce la lógica a un mal planteado silogismo, que quienes lo proponen saben manejar: ¿defiendes al Colón emprendedor, navegante, intrépido? En ese caso, claramente olvidas que ha habido pueblos en América que han soportado la injusticia y la marginación durante siglos. Es decir, la relación causa-efecto se pervierte y esa manipulación funciona bien en beneficio de unos objetivos espurios.

Hasta ahora hemos descrito una realidad. Nos quedaría un aspecto muy importante: ¿cuál es el fin de esta manipulación de la historia, de ese supuesto revisionismo? Porque falseando la historia no parece que beneficiemos a ninguna minoría o a ningún colectivo.

Para hacer un análisis riguroso, hay que mirar de dónde vienen esos ataques a las imágenes de Colón, o de fray Junípero Serra, entre otros. Por lo general, estos movimientos están liderados por personas que se oponen a una realidad cultural: la tradición católica y la identidad española. Parece como si quisieran hacernos creer que la defensa de los derechos humanos, así como la preservación del medio ambiente que permite vivir a esos pueblos en

su hábitat natural, fuera patrimonio exclusivo de grupos vinculados a la izquierda, al protestantismo a simplemente al ateísmo.

Jarrett Stepman se rebela de alguna manera contra esta imposición ideológica, cuando afirma que

Es muy desafortunado que la que alguna vez fue una figura unificadora, representativa del coraje americano, el optimismo, e incluso de los inmigrantes, de pronto esté en el punto de mira para ser destruida. Le debemos a Colón —y a nosotros mismos— respeto por ser el hombre que hizo posible la existencia de nuestro país. (Stepman)

Un conocido historiador de marcada tendencia marxista, Howard Zinn, autor de *A People's History of the United States*, publicado en 1980 que alcanzó una gran popularidad, trató de ofrecer a sus lectores una visión revisada de toda la historia de la nación. En sus páginas se buscaba desmitificar desde George Washington hasta Clinton, sin olvidar a Cristóbal Colón. La intención que le movía al escribir —afirmaba— era contar la historia desde la mirada del otro, de las minorías, de los marginados. Y solo desde ese enfoque se podía comprender la historia verdadera de la nación. La objeción que podemos hacerle es que ya en el siglo XVI, al menos en la América española, se impulsó la mirada del otro, quedando materializada en ese monumento legislativo que es el Derecho indiano.

En la línea de Zinn, encontramos planteamientos poco originales. Vienen a decir que nos hemos creído la historia que cuentan los vencedores, y que el mito del sueño americano, de hecho, fue en realidad una especie de pesadilla salvo para algunos privilegiados. La civilización occidental, heredera del mundo clásico, y constructora de la realidad de una parte del planeta, no solo no es la mejor, sino que ha llegado a ser destructiva para el hombre.

En esa misma línea, Zinn dedicó un artículo a “Colón y la civilización occidental” (2000), citando como punto de partida a Orwell, en su conocida afirmación: “Quien controla el presente controla el futuro. Quien controla el presente controla el pasado”. Y a partir de esa premisa se dispone a analizar de manera que él considera crítica e independiente, la figura de Cristóbal Colón. Trata de distanciarse de una visión tradicional que existía en los libros de texto estadounidenses, según la cual, Colón, sin ser el fundador, era considerado de un modo figurado como el origen remoto de los Estados Unidos. Y encuentra que lo que hasta entonces se había escrito conducía a una justificación del genocidio y de los desmanes cometidos contra todas las poblaciones nativas del continente americano, tanto en los territorios colonizados por España o Portugal, como en los de Norteamérica.

En su análisis, supuestamente novedoso e imparcial, una sola frase resume su planteamiento de partida, que coincide con su conclusión: “Cruces y horcas,

El ejercicio de manipulación histórica, sin ser nuevo, sigue causando dificultades a la hora de enfocar correctamente el pasado. En concreto, la experiencia actual que se vive en los Estados Unidos

esa mortal yuxtaposición histórica” (Zinn 2000: 2). Si ya tenemos esa premisa, será fácil encontrar argumentos de manera selectiva para justificar tal punto de partida. Elige un tópico y busca todos los argumentos posibles para demostrarlo; y esto solo se puede hacer moviéndonos en un mundo de blanco y negro, de maniqueísmo total, sin aceptar la posibilidad de matices.

Insiste en afirmar que no hubo discusión alguna en torno a las poblaciones nativas del Nuevo Mundo. Y en este punto debemos volver a cuestionarnos: ¿desconocía u omite intencionadamente los hechos? Criticismo de los dominicos a partir del conocido sermón del Padre Montesinos en La Española de 1511; junta de teólogos y juristas convocada por Fernando el Católico, que promovió las Leyes de Burgos y Valladolid; intento reformador puesto en marcha por Cisneros; continua promulgación de leyes que obligan al buen tratamiento de los indígenas. Ya no cabe admitir dudas acerca de que, tras un breve período de titubeos, la reina Isabel afirmó que los habitantes de las Indias eran súbditos libres de la Corona: se prohibía su esclavitud, salvo unos casos concretos que acabarían siendo también rechazados.

Se puede opinar que las medidas y las discusiones no siempre fueron eficaces. Pero en ningún caso se puede afirmar que la situación de las poblaciones indígenas

de América fuera algo completamente indiferente a las autoridades de la monarquía hispánica.

Es muy clarificador este párrafo de Zinn acerca de sus motivaciones y su método:

No me interesa ni denunciar ni ensalzar a Colón. Es demasiado tarde para eso. No le estamos escribiendo una carta de recomendación para decidir si es apto para realizar otro viaje a otro lugar del universo. Para mí, la historia de Colón es importante por lo que nos dice de nosotros mismos, de nuestra época, sobre las decisiones que tomamos para nuestro país para el siglo que viene. (Zinn 2000: 7)

Es decir, un ejemplo absolutamente paradigmático del vicio de ucronía, que tanto daño ha hecho a la ciencia histórica, pero sobre todo a los aficionados a la historia que no tienen los mismos recursos que los profesionales de esta. El que lee a un historiador, en principio no desconfía de los métodos utilizados para llegar a determinadas conclusiones. De hecho, lo más honesto es acompañar al lector de historia a lo largo de nuestras argumentaciones, para que, si le convencen, acepte nuestra conclusión. Pero en escritos de algunos de los valedores de esta nueva corriente iconoclasta solo encontramos una premisa que sirve a la vez de conclusión. Falta todo el proceso intermedio de reflexión y análisis.

Podemos concluir, por tanto, que el ejercicio de manipulación histórica, sin ser nuevo, sigue causando dificultades a la hora de enfocar correctamente el pasado. En concreto, la experiencia actual que se vive en los Estados Unidos, de revisar una parte de la historia, señalando la llegada de europeos como el origen de todos los males que sufre y ha sufrido el país, es demasiado parcial, pero desgraciadamente ha encontrado un grupo de adeptos que, siendo minoría tienen una gran capacidad de movilización social. Lo vemos en la desaparición de la celebración del *Columbus Day*, así como en la retirada o destrucción de imágenes del navegante.

La situación de los pueblos nativos del norte de América ciertamente requiere hacer nuevas propuestas, de cara a mejorar su futuro. Y, sin embargo, algunos sectores preocupados legítimamente por esa realidad han caído en la trampa de la ideología cuando culpan a España –representada en las imágenes de Cristóbal Colón– de un trato discriminatorio hacia los indios. Se desconocen hechos como que en la América española hubo elecciones en los pueblos de indios para enviar diputados a las Cortes de Cádiz, en 1810, mientras que en Estados Unidos la posibilidad de participar en la vida política de las poblaciones nativas fue tardía y limitada, ya en el siglo XX.

En conclusión, la historia, para que sea ciencia, debe analizar los hechos dentro del contexto político, social y cultural en que se produjeron. Las valoraciones han de hacerse comprendiendo todos los matices y



Niños vestidos de Colón en el *Columbus Day* de 2019, en Nueva York.

circunstancias que provocaron aquellas realidades. Además, es necesario ser suficientemente honesto como para contar toda la realidad, no solo aquella que confirma la propia visión de un pasado complejo.

Referencias

Pérez Garzón, J. S. "Revisionismo: ¿calificación sectaria u obligación científica?". *Con-ciencia social* 20. 2016: 127-133. Print.

Shaw, J. "El Día de Colón". *Libertad.org*. 8 de octubre 2018. Web.

Stepman, J. "La verdad sobre Colón". *Libertad.org*. 9 de octubre 2017. Web.

Zinn, H. *A People's History of the United States*. New York: Harper & Row. 1980. Print.

---. *Colón y la civilización occidental*. Trad. Déborah Gil. CEME. Centro de Estudios Miguel Enríquez, 2005. Web.

*La situación
de los pueblos
nativos del
norte de
América
ciertamente
requiere
hacer nuevas
propuestas, de
cara a mejorar
su futuro*